

68.- PATAUD, E. y POUGET, E.: *Cómo haremos la Revolución*. Traduc. de Anselmo Lorenzo, Barcelona, Publicaciones de La Escuela Moderna, **Tomo Segundo**, o/f., 129 pp.

E. PATAUD Y E. POUGET

Cómo haremos la Revolución

TOMO SEGUNDO

SEGUIDO DE UN APÉNDICE SOBRE

La Confederación General del Trabajo de Francia

por E. POUGET

DOS TOMOS **5** PESETAS

BARCELONA

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

CORTES, 478

Las consideraciones hechas anteriormente sobre el volumen I en materia de encuadernación y edición, género literario y caracterización general son aplicables aquí de forma análoga.

El segundo volumen de esta obra tiene 129 páginas y su contenido se ordena en once capítulos rematados por una conclusión:

- | | |
|------------------------------------|----------------------------------|
| I.- El armamento del pueblo. | VII.- Complicaciones exteriores. |
| II.- La agonía de la reacción. | VIII.- La última guerra. |
| III.- Expropiación y cambios. | IX.- Las producciones de lujo. |
| IV.- Las profesiones liberales. | X.- Arte y religión. |
| V.- La educación. | XI.- La liberación de la mujer. |
| VI.- La creación de la abundancia. | Conclusión. |

Se retoma el relato, en esta segunda parte, con la demolición de la Prefectura de policía y se hace también lo mismo con el Palacio de justicia, las cárceles y los cuarteles. A las personas que se dedicaban a oficios relacionados con los edificios derribados (abogados, notarios y policías, entre otros) se les ofrece la posibilidad de adoptar una nueva profesión y ser aceptados en un sindicato.

La justicia se insta en la nueva sociedad ante la Asamblea general del sindicato, estableciéndose la posibilidad de apelaciones ante la Federación corporativa y la Confederación. Los delincuentes son considerados enfermos y se redujo considerablemente el número de delitos debido a que

ya no hubo delitos ni crímenes ocasionados por la miseria, la desigualdad ni las infamias capitalistas; y después porque las fechorías consiguientes a las taras fisiológicas, de degeneración y de enfermedades mentales, tendieron a desaparecer bajo la influencia del medio.¹

Únicamente accidentes y crímenes pasionales se contabilizaban entre las conductas penadas. Para violadores de niños y personas pervertidas (“hombres feroces”, “perversos instintos”) se aplicó la pena de muerte.

La seguridad se encomienda a los asociados sindicales que desean armarse con el material procedente del desarme de las tropas.

La reacción (Gobierno, la alta burguesía del crédito, de la industria, los privilegiados) se defendió y fueron aniquilados. A los que sobrevivieron se les dejó escapar sin armas.

La primeras medidas después del triunfo de la revolución fueron, por un lado, la expropiación sin indemnización y, por otro lado, la Federación de los empleados bancarios se hizo cargo de la banca sindical adoptando las disposiciones necesarias para que no se produjese un colapso.

Las relaciones económicas tenían un doble carácter, comunista para el interior del país y de intercambio comercial con el exterior.

La colaboración entre los intelectuales permitió la reorganización de escuelas y la adaptación de las profesiones liberales a la nueva sociedad. Las asociaciones profesionales (químicos, ingenieros, pintores, etc.) se constituyeron en sindicatos y se federaron; lo mismo las organizaciones científicas y las médicas.

¹ PATAUD, E. y POUGET, E.: *Cómo haremos la Revolución*. Traduc. de Anselmo Lorenzo Barcelona, Publicaciones de La Escuela Moderna, s/f, vol. II, p. 10.

Entre los diferentes sindicatos se expedían “cartas de gratuidad” (que otorgaban derecho a consumir los productos con abundantes existencias) y “carnés de bonos”², con los que se podían adquirir -en proporción igual para todos- los productos de lujo u objetos raros.

Para llegar a esta situación los asociados sindicales habían llevado a cabo, previamente, una labor de concienciación que se describe del modo siguiente:

Desde hacía mucho tiempo sus militantes, después de haber condenado los privilegios de la fortuna, enseñaban que un ser humano no adquiere por el saber derechos superiores a los de los demás hombres, y que no ha de reclamar una remuneración más elevada el que sea más instruido; demostraban que el que posee instrucción la debe a sus profesores, a los trabajos acumulados por las generaciones pasadas, a todo el ambiente que le rodea, lo que le ha permitido el desarrollo de sus facultades. Y añadían: los albañiles, los alcantarilleros, los panaderos, los labradores tienen tanta necesidad del médico como éste de ellos; entre unos y otros hay cambio de servicios; por consiguiente, debe haber equivalencia de derechos, y es abusivo que uno se alabe de su saber para tomarse una parte mayor en detrimento de sus coasociados.³

Por razones obvias, dado las características de la presente tesis doctoral, nos vamos a detener en la reordenación de la educación aquí esbozada⁴.

La reestructuración de la educación partió de un congreso convocado por la Federación de los sindicatos de maestros. Como principio, se sustituyó la autoridad por la autonomía del docente. Las medidas adoptadas de mayor calado fueron las siguientes:

1.- Refundición en una enseñanza integral de los dos niveles de enseñanza primaria y secundaria.

2.- Por lo que se refiere al nuevo curriculum, la “cultura física” se consideró como un aprendizaje esencial. Se reclamó concreción en la impartición de disciplinas como la Aritmética, Geometría y Ciencias naturales y para la enseñanza de la Historia se aconsejaba a los maestros no mezclar opiniones personales con el relato de los hechos. En todos los casos se aspiraba a transmitir el placer de aprender.

Después de estas adquisiciones, aquel joven que lo deseara, podría optar por una segunda enseñanza representada fundamentalmente por la capacitación científica, que llevaría aparejada una habilitación profesional práctica no especializada. En este nuevo nivel las pretensiones eran

hacer hombres industriuosos, de franca inteligencia, de saber juicioso, y capaces de ser útiles para sí y para sus semejantes.⁵

Finalizada la formación anterior, los jóvenes podían optar por asistir a Escuelas de enseñanza Técnica, de Industria, de Oficios o de Agricultura.

3.- En materia de coeducación se abogó, en la primera enseñanza, porque ambos sexos se educaran juntos. Sin embargo,

² Ibidem, p. 42.

³ Ibidem, p. 43.

⁴ Ibidem, pp. 48-55.

⁵ Ibidem, p. 53.

cuando las niñas llegaran a la edad a propósito pasarían una temporada en los colegios especiales donde se les enseñarían los oficios femeninos y donde se prepararían a las funciones sociales adecuadas a sus gustos.

Pataud y Pouget imaginan una sociedad de la abundancia únicamente contrariada por fricciones con los países vecinos, y que se ve en la obligación de defenderse ante la agresión de heterogéneos ejércitos compuestos de soldados alemanes, austríacos, ingleses, cosacos y balcánicos.

La nueva sociedad se pertrecha para la guerra y desarrolla armas químicas:

Se trataba de infectar los ejércitos invasores, inoculándoles la peste, el tifus, el cólera, contaminándoles con preparaciones saturadas de bacilos patógenos (...).⁶

El conflicto bélico finalizó con el aniquilamiento del enemigo. La utopía sindical quedó consolidada.

Los bienes de la Iglesia se entregaron a los sindicatos y los sacerdotes buscaron otro trabajo. Veamos cómo se detalla esta circunstancia:

Cierto número de sacerdotes, especialmente en la población rural, se habían ingeniado a recuperar su sueldo dedicándose al trabajo: unos se habían hecho agricultores, otros fabricantes de conservas de legumbres o de frutas, o bien ebanistas, encuadernadores. Así habían dejado de ser parásitos sin dejar de ser curas (...) Y mientras los obispos y los curas de las ciudades, habituados a la vida artificial que hasta entonces habían llevado se hallaban desamparados, los curas de aldea, medio trabajadores, se adaptaban fácilmente al nuevo medio, continuando entre tanto el ejercicio de sus funciones sacerdotales, sin que nadie se opusiera. A misa y al sermón iba quien quería. (...) Lo importante era la irrevocable ruptura de todas las castas religiosas; que nadie, invocando su carácter sacerdotal, ministro protestante o rabino, pudiera exceptuarse del trabajo y vivir en la holganza a expensas de sus semejantes: ese era el punto principal. Fijado este punto, libre era cada uno de creer o no creer (...).⁷

Como consecuencia de las influencias del nuevo ambiente, nos dicen los autores, las tabernas cerraron y las bibliotecas aumentaron su clientela. Muchos de los palacios expropiados se convirtieron en casas de salud o de vejez y, “desalojados los burócratas incompetentes”, los museos fueron gestionados por artistas de reconocida competencia.

Se produjo un éxodo urbano

cuando por la supresión del comercio, del agio y de todas las complicaciones de la sociedad capitalista, la vida se halló simplificada y fácil (...).⁸

El desarrollo de la nueva tecnología había permitido la invención de máquinas para la limpieza del calzado, de los vestidos, de la vajilla o de las habitaciones. Las comidas se hacían en cocinas públicas y se podían encargar pedidos para recibirla a domicilio o acudir a restaurantes públicos.

⁶ Ibidem, pp. 77-78.

⁷ Ibidem, pp. 109-110.

⁸ Ibidem, p. 120.

La situación de la mujer en la nueva sociedad quedaba del siguiente modo:

Se fijó inútil fijar [sic] para la mujer, como se había fijado para el hombre, la obligación moral de suministrar un tiempo de trabajo determinado. Se había considerado que su alta función de maternidad posible la liberaba de todos los demás deberes sociales. La mujer quedaba, pues, enteramente libre de disponer de sí, de trabajar o no, consintiese o no en la maternidad, y no hizo mal uso de esa libertad, como no abusaban los hombres. Reservóse funciones en relación con sus aptitudes, ocupándose de diversas tareas, como la educación de los niños y cuidado de los enfermos. Trabajaba menos tiempo y reposaba más que el hombre, y, por regla general, dejaba el trabajo a los primeros síntomas de maternidad (...) Ya no fue temida la maternidad (...) Libre quedaba la madre de criarle ella misma [al niño], o de confiarle a los cuidados casi-maternales de sus compañeras.⁹

En algunos pasajes, podemos vislumbrar la concepción de los autores acerca de la existencia de una “naturaleza humana”:

Los hombres no eran mejores ni peores: eran, como antes, ni buenos ni malos. Mientras evolucionaban en una sociedad en que el interés personal inclinaba al mal, o en que el bien del uno era un compuesto del mal del vecino, la vida fue una lucha áspera. Después hubo transposición: el medio social era tal que el interés de cada uno halló su satisfacción en la satisfacción del de sus semejantes; cuanto más dichosos eran todos, más lo era cada uno. Era, pues, natural que dominasen los actos buenos, puesto que eran los únicos generadores de bienestar, de alegrías, de placeres.¹⁰

Dos frases pueden sintetizar la vida después de la revolución, en palabras de Pataud y Pouget:

La revolución es irrevocable (...) y (...) el hombre se hizo bueno porque ya no tuvo interés en ser malo.¹¹

Señalamos algún error de traducción, alguna falta ortográfica y un error de impresión: cañones-revólvers¹², ingertar y enegaño¹³.

⁹ Ibidem, pp. 123-125.

¹⁰ Ibidem, pp. 100-101.

¹¹ Ibidem, pp. 128-129.

¹² Ibidem, p. 15.

¹³ Ibidem, p. 31.